

LAND, ROBERT

FILMS DE AMOR

Amor y Champagne



NÚM.
215

25
CTS.

Propaganda

Ioan Petrovich - Brita Apelgreen



FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
CALLE VALENCIA, 284 - APARTADO 707
Sociedad General Española de Librería

BARBARÁ, 16

BARCELONA

AÑO V

Núm. 215

Amor y champagne

Producción sonora de GREENBAUM-FILM
dirigida por ROBERT LAND

Versión novelesca de E. MOLDES

E X C L U S I V A S
CINAES, S. A.

Via Layetana, 53 Barcelona

REPARTO

Fernando de Henhal IVAN PETROVICH
Sybill Forst Brita Appelgreen

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



¿Quiere usted acompañarme, lector? No le pesará, se lo aseguro. No tema que le lleve a presenciar espectáculos repugnantes, ni siquiera simplemente feos. No; al contrario; va usted a admirar conmigo las más soberbias maravillas de la naturaleza junto a los refinamientos y el lujo de la más elegante civilización occidental.

Trasladémonos a Saint-Moritz. Dejemos atrás la prosa gris de las ciudades, con sus ruidos y sus estridencias, y cruzando campos y campos, entre árboles que ha desnudado el invierno, lleguemos al pie de los Alpes.

¿Verdad que se siente usted contento de haber hecho el viaje? ¿Verdad que sus pulmones se ensanchan ante estos horizontes amplios, ante estas montañas gigantescas,

que, como las damas del gran mundo, se abrigan con capas de armiño?

Pero no nos detengamos aquí. Vayamos más arriba; escalemos la cumbre de Saint Moritz. No, no tema; no se fatigará. Precisamente, aquí al lado tenemos la pequeña estación del pequeño ferrocarril de cremallera, cuya locomotora, jadeando, pero sin detenerse, ascenderá por las pendientes empinadas de la montaña sin ocasionarle a usted la menor molestia.

¿Ve usted qué fácil ha sido todo? Ya estámos arriba, en la cumbre. El viento es frío en estas alturas, ¡pero qué saludable! No se conciben aquí las enfermedades, no se concibe aquí nada feo en medio de la pureza de esta nieve que nos rodea como un mar.

Aquel edificio suntuoso es el Grand Hotel. En su interior, la temperatura es tibia, primaveral. El invierno ha sido vencido allí dentro, y es en vano que los aludes de nieve se precipiten con estrépito por los ventisqueros y lleguen hasta las mismas paredes del edificio, recordando a sus ocupantes que el invierno está en su apogeo. La fortaleza es inexpugnable. ¡Que silbe el viento en el exterior; que caiga una nevada tras otra; que la nieve se endurezca con el frío de las noches hasta convertirse en hielo; que los aludes finjan a la perfección pequeños terremotos! Los radiadores seguirán despidiendo su calor in-

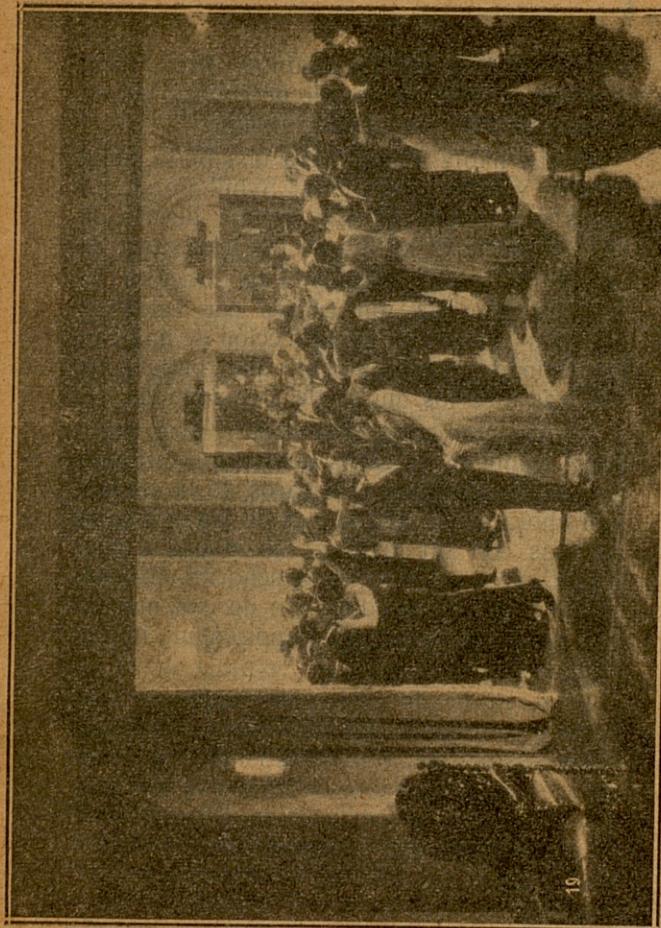
alterable, y en los salones las damas podrán presentarse luciendo el color tentador de sus escotes y de sus brazos.

¿Quiere usted que entremos? Pero no... ¡Seamos valientes! En esta mañana luminescente, en que el sol arranca a la nieve chispas de fuego, es grato permanecer un poco al aire libre. Además, vea usted, el espectáculo es sámeno...

¡Mire, mire! Por aquella vertiente descienden vertiginosamente diez, veinte "skiadores". Parecen púntitos negros sobre el campo de armiño. Pero ya se acercan; ya llegan hasta nosotros... ¡Qué caras sonrientes, qué mejillas arreboladas por la intemperie, qué cuerpos sanos y jóvenes bajo la lana de los "jerseys"! Se estará muy confortablemente dentro del hotel, no lo dudo; pero estas muchachas, estos muchachos, no cambiarían por los más cómodos sillones del mundo el placer de dejarse deslizar sobre la nieve...

—Entonces, de acuerdo... Cuando él venga, dadme la señal.

El grupo se diseminó como una bandada de palomas. Palomas, en efecto, parecían aquellas muchachas, la mayor de diez y nueve años, que, vestidas con "jerseys" blancos y tocadas con gorros blancos, se deslizaban



En el interior del Hotel, las damas lucían...

ahora por la nieve en distintas direcciones, después de haber celebrado un consejo secreto, que parecía ser importantísimo.

La que había hablado era una linda rubia de diez y ocho primaveras: Sybill Forst. En todas ocasiones, era ella la que llevaba la voz cantante; lo mismo en las travesuras de que todas hacían víctima a la directora, la señorita Miesvitz—un cuervo con faldas y anteojos—, como en la confección de una carta destinada al pretendiente que rondaba un día tras otro los muros del pensionado.

Porque—no hace falta decirlo otra vez— aquel ramillete de caras bonitas procedía de uno de los colegios más caros de la ciudad, y si ahora profanaba la paz de las montañas nevadas con sus risas y sus alocadas conversaciones, era porque la señorita Miesvitz opinaba que en la educación de una muchacha moderna juega los deportes un importante papel.

Pero, explicado esto, nos queda por descifrar otro enigma: ¿A quién esperaba Sybill Forst? ¿Por qué, siguiendo la táctica de un general en jefe, había ordenado a sus condiscípulas que se apostasen en diversos sitios de la montaña, para avisarle, por medio de un telégrafo de señales, la llegada del *enemigo*?

—Pues, sencillamente, Sybill aguardaba al

hombre que, sin proponérselo, había conquistado su corazón.

Era éste un hombre de mundo, muy lejos ya de ser un jovenzuelo. Se llamaba Fernando de Henthal, le rodeaba una aureola donjuanescas y andaba acercándose a la curva terrible de los cuarenta años. Eso sí, no se cambiaría por muchos jóvenes; tenía fuerza, energía, vigor, salud; bailaba magistralmente; tocaba el piano y el violín; era buen catador de vinos y licores exquisitos y sabía hablar a las mujeres, excitando en ellas unas veces la vanidad y otras el sentimiento.

De pronto, las “centinelas” enviadas por Sybill descubrieron al *enemigo*, y de una a otra fueron pasando las señales hasta llegar al general en jefe. Entonces, siguiendo la táctica concebida de antemano, se inició un movimiento envolvente, y cuando Fernando de Henthal, seguro sobre sus “skis”, descendió al valle, se vió rodeado de media docena de caras bonitas... pero demasiado jóvenes para él.

Rehusó el combate; lo desdeñó. Era buen “skiador”, y tomando impulso, rompió el círculo que le rodeaba y bien pronto se perdió en la lejanía.

Mohinas se quedaron las muchachas. Y Sybill, saltándose las lágrimas, dijo:

—¡Ni siquiera se ha dignado mirarme!

II

Los extremos se tocan. Fernando de Hen-
thal, caballero de la Aventura, hombre de vi-
da azarosa y turbulenta, que ahora, en la
madurez, tenía algunos remansos de tranqui-
lidad, había elegido como amigo íntimo y
confidencial su polo opuesto: Bablo Grill,
plácido fabricante de chocolate. En una sola
cosa coincidían: en su admiración por el sexo
débil. Uno y otro consideraban que sin las
hijas de Eva la vida sería tan amena como
una partida de ajedrez.

Cuando Fernando entró en el "hall", des-
pués del almuerzo, su amigo estaba allí ya,
repantigado en un amplio butacón.

—¿Qué hay, castigador? —le preguntó—,
¿cuántas mujeres te han seguido hoy?

—Sólo seis chiquillas, de las que he huído
como del diablo.

—¡Hombre, eso sí que es extraño!

—¿Crees que quiero comprometerme? ¡No
me faltaba más que casarme, a mis años, con
una de esas colegialas!...

No pudo seguir. Sybill, risueña y atolon-
drada, había venido a sentarse en el sillón

contiguo al suyo. Fernando no tuvo más re-
medio que saludarla, y ella, sin esperar a
más, se encaró con él, siempre sonriente:

—Me llamo Sybill Forst...

—Tanto gusto...

—Hace muchos días que deseaba estar
sentada a su lado... Ahora, que ya está hecho
nuestro conocimiento, no se negará usted ma-
ñana a patinar conmigo...

Apareció, de pronto, la cara de pajarraco
de la señorita Miesvitz, y Sybill, se levantó
de un salto y corrió hacia su maestra. Se le-
vantó también Fernando, con intención de
despedirla galantemente, pero la señora di-
—¡No se acérque, caballero! ¡Veo en us-
ted al seductor de profesión!

rectora, puesta en guardia, como si hubiera
visto a Satanás, le detuvo extendiendo el
brazo:

Se alejaron las dos, y Fernando de Hen-
thal, riendo, se volvió al lado de su amigo.

—La verdad —dijo— es que la muchacha
no está mal... En medio de todo, la ingenui-
dad tiene también sus atractivos.

—¡Fernando, te compadezco! ¡Antes de
que llegue la primavera te veo uncido a la
carreta matrimonial!

Aquella noche los salones del Grand Ho-
tel resplandecieron, como resplandecían to-
das las noches. La naturaleza hacía muchas
horas que se hallaba sumida en su sueño

profundo, del que no despertaría hasta que la aurora apuntase por oriente. Y como siempre, el hombre la humillaba, haciéndole reconocer su superioridad. ¡Qué importaba que ella se vistiese su camisa de tinieblas para dormir a sus anchas! El hombre primitivo atemorizado ante lo desconocido, se sumiría, también, en las cuevas lóbregas, huyendo de una oscuridad para hundirse en otra. Pero el hombre moderno, el hombre civilizado, es el amo de la luz. Una palabra suya, un ligero movimiento, una imperceptible presión de los dedos, y la luz se hace. Y entonces, el ser humano, que ha vencido a la naturaleza, se siente más en su elemento que nunca. Vestido de smoking, luciendo la camisa planchada, los zapatos de charol, apenas se parece al mono, su apreciable abuelo. Y adopta posturas elegantes para bailar, para comer, para pasear con las damas. Es un muñeco refinado el hombre de mundo, que sólo ante la muerte abandona su corrección estudiada.

En las mesas del "restaurant" había "champagne", mucho "champagne". Lo traían los camareros en botellas introducidas en cubitos niquelados, y lo vertían en las copas con solemnidad, como si ejerciesen un rito sagrado.

Se arrastraban por el salón las notas lán-guidas de un tango, y Fernando de Henthal bailaba con una dama elegantísima, de la que

sólo se sabía que bostezaba lo más elegan-temente posible cuando Henthal no estaba a su lado.

Desde las puertas entreabiertas de sus dor-mitorios, las discípulas de la señorita Mies-vitz seguían con interés y con envidia el des-arrrollo de la fiesta. Sybill, que sentía un hormiguillo muy significativo cada vez que veía pasar a Fernando por debajo de su ob-servatorio, rodeando con su brazo la cintura de la dama tediosa, se volvió a sus com-pañeras:

—¡Está decidido! ¡Desde mañana nos de-dicaremos a aprender el tango para bailarlo con "él"!

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

No deje de leer la novela
más grande que se ha edi-tado hasta el día, titulada

El Comediante

por ERNESTO VILCHES

**96 PÁGINAS DE TEXTO
UNA PESETA**

III

Media noche. La fiesta se hallaba en su momento más brillante; sin embargo, Fernando de Henthal se retiró a su habitación. La dama que se aburría en su ausencia, quedóse sentada ante una copa de "champagne", fumando un kedive en una boquilla de un metro, aproximadamente, de longitud. Nada expresa tan gráficamente el tedio, en el mundo de dandysmo, como una boquilla larga.

Fernando estaba aburrido también. Por primera vez le parecía insulsa aquella sociedad; encontraba la atmósfera cargada, las mujeres con demasiados afeites y excesivos escotes, la luz agresiva.

—Estaría enamorado Fernando de Henthal d'ela adolescente Sybill Forst? ¡Líbrenos Dios de hacerle semejante afrenta! Pero el caso es que... El caso es que, si no estaba enamorado—y no lo estaba—, la muchacha empezaba a interesarse más de lo debido. Por eso, al pasar por delante de su dormitorio, dirigió a la puerta una mirada, que, de haberla sorprendido la propia Sybill, se hubiera considerado la más dichosa de las mujeres.

¡Encantadora colegiala! ¿Qué haría en aquellos momentos? Seguramente se hallaría en el mejor de los sueños, y por el mundo de la Fantasía, don Juan, Romeo y el Príncipe Encantador pasarían cogidos del brazo, para luego disputarse el amor—el primer amor—de la adolescente.

Sonrió Fernando y entró en su habitación. Encendió un cigarrillo. Se retrepó en un confortable. Se puso a soñar. El humo de su cigarrillo formaba en el aire círculos y espirales, que, con la ayuda de la imaginación, se acercaban algo a unas formas de mujer.

De pronto, se volvió. Había oido un ruido a su espalda. Se levantó, y pudo ver, en otro confortable, a otra persona cuya presencia allí nunca hubiera podido sospechar. ¡Aquella persona era Sybill Forst!

La muchacha le miraba sonriente, y aquella sonrisa le desarmó.

—¿Qué hace usted aquí?—le preguntó.

—Pues... había venido a visitarle...

—¿Visifarme a estas horas?

—No dispongo de otras. Ya habrá usted notado que tengo siempre fijas sobre mí las miradas de la señorita Miesvitz.

—¿Pero usted se ha propuesto comprometerse a toda costa, no es verdad?

—Yo...

—¿No se le ocurre que alguien podría ver-

la en el pasillo... o al entrar en mi habitación?

—Si he de serle franca... no había pensado en ello.

—Es preciso que se vuelva usted ahora mismo a su dormitorio.

—¿Me echa usted?

—No... no la echo... pero comprenda usted misma el escándalo si la viesen salir de aquí.

Fernando de Henthal se asomó al pasillo y espió breves instantes. Nadie pasaba. Abajo, la orquesta desgranaba las notas cadenciosas de un vals.

—Vamos... ya puede usted salir.

Obedeció la muchacha. Abandonó la habitación del hombre de mundo con la cabeza baja, sin despedirse siquiera, de puro avergonzada. Cuando llegó a su cuarto y se tendió en su lecho, lloró a lágrima viva.

IV

Durante dos días con la colaboración de un gramófono portátil, las alumnas de la señorita Mieswitz ensayaron toda clase de bailes modernos. Al tercer día, o mejor dicho, a la tercera noche, Sybill sacó de su baul un bonito traje de "soirée" que había pedido



Fernando la hizo salir de su habitación.

sustraer a la inspección de la directora del pensionado, y vestida con él, y empolvada, pintada y retocada por sus amigas, abandonó el dormitorio cuando en el reloj del hotel sonaban doce campanadas y en el "hall" la fiesta se hallaba en su apogeo.

Descendió valientemente las escaleras, y se situó a la puerta del "hall". Estaba segura de que la señorita Miesvitz no la vería; a aquellas horas estaría durmiendo en su habitación, o leyendo a Kant o a Hegel.

La divisó Fernando de Henthal, y se dió prisa en acercarse a ella.

—¿Qué hace usted aquí?

—Deseaba bailar con usted, y al fin me he decidido.

—¿Y si a la señorita Miesvitz se lo ocurre bajar?

—No bajará.

—Esto es una locura que puede costarle un disgusto, Sybill; lo mejor es que se vuelva usted a su habitación.

—Le he obedecido una vez, señor de Henthal, pero dos, no... ¡Si no baila usted conmigo, bailaré con el primero que me saque!

Advirtió Fernando que la muchacha parecía muy dispuesta a hacer lo que decía, y no tuvo más remedio que bailar con ella. En el fondo estaba encantado. A pesar de su vida abundante en aventuras amatorias, podía decir que jamás se había encontrado con un

caso como aquél. Las mujeres que a él se habían acercado, unas lo habían hecho por vanidad, otras por interés, otras por deseo; ninguna le había tendido los brazos, solicitando a la vez su protección y su cariño, con aquella ingenuidad casi infantil con que Sybill se los tendía.

Tras un baile, otro; tras otro, otro más... Sybill no se rendía. No se hubiera rendido aunque estuviese bailando una semana entera. La sostenía el amor, la felicidad, la satisfacción de verse, de ser, convertida en mujer.

Pero la felicidad suscita envidias. Esto no debieran olvidarlo los enamorados. Fernando, sin embargo, lo olvidó... Olvidó a la dama de la boquilla de un metro, la cual, en el colmo de su tedio, no se le ocurrió cosa mejor, para distraerse, naturalmente, que alejarse del salón y pedir comunicación telefónica con el dormitorio de la señorita Miesvitz. Un minuto después aquel cuervo con faldas y anteojos sabía, estupefacta, que una de sus palomas había abandonado el palomar.

Hecha un basilisco se presentó la solterona en el "hall", y al verla, la dama de la boquilla se acercó a ella y le dijo con sorna:

—Mi enhorabuena, señorita Miesvitz, por su vigilancia... Sus discípulas bailan mientras usted duerme.

—¿A qué discípula se refiere usted, señora?

—No puedo decirle el nombre... pero, mirela usted...

Y le señaló a Sybill. Ya le había visto ésta, pero lejos de soltarse de los brazos de Fernando, se fundió más con él, como si necesitase más que nunca su protección.

Mordiéndose las uñas, esperó la señorita Miesvitz a que el baile terminase. Y en cuanto enmudeció la orquesta, se aproximó a Sybill, y tomándola por la muñeca, la condujo a un ángulo discreto del salón. Al hablarle, su voz temblaba de cólera contenida:

—¡Tenga usted la bondad de retirarse inmediatamente a su habitación!

Pero entonces ocurrió algo insólito, algo... ¡catastrófico! Sybill se zafó violentamente de la mano que la oprimía, y replicó con voz segura:

—Lo siento, señorita Miesvitz... pero me encuentro aquí perfectamente bien y no pienso dejar la fiesta hasta que se termine.

—¡Si no sube usted por las buenas, subirá por las malas!

—En ese caso, señorita Miesvitz, el escándalo que armaré aquí será realmente mayúsculo.

La directora del pensionado, durante aquella rápida conversación, pasó del rojo al verde, y del verde al blanco. Se mordió los

labios, miró a su discípula como dudando si debía devorarla o simplemente destriparla, y por fin, dando media vuelta con aire marcial, se alejó sin añadir una palabra más.

Sybill volvió a reunirse con el galán. Bailaron algunos bailes más, y cuando las agujas del reloj marcaron la una, Fernando, adoptando un tono paternal, habló a la muchacha:

—Ahora la niña debe irse a acostar; sino, mañana no podrá asistir al concurso de "skis".

—La misma observación debe hacer al "niño"—replicó Sybill sin achicarse.

Aquella noche, tanto Sybill como Fernando soñaron con el amor. Y en sus sueños Cupido y su carcaj desempeñaron un papel muy importante.

V

Por los hilos del telégrafo de Saint-Moritz vuelan las palabras lacónicas de un telegrama. Y ese telegrama llega a su destino: una mansión suntuosa de la gran ciudad, donde vive, todavía hermosa, todavía fascinadora, la señora Lucía Forst, madre de Sybill y divorciada de su marido.

El telegrama, que la dama recibe en el cuarto de baño, dice así:

“Debido a inconcebible desobediencia de su hija Sybill declino toda responsabilidad. Sírvase venir a buscarla.

Leonor Miesvitz.”

La señora Forst sonríe, comprensiva y tolerante, y dice a su doncella:

—Prepáreme el equipaje... Me marcho a ver a mi hija.

Cuando llegó al Grand Hotel de Saint-Moritz era de noche ya, y Sybill dormía en su dormitorio. No quiso despertarla; pidió habitación y durmió ella, también, sin que ni por un instante el pensamiento de que algo malo había hecho su hija, turbase su sueño.

A la mañana siguiente la señora Forst descendió al “hall” en el momento en que Pablo Grill decía, entusiasmado, a su amigo Fernando de Henthal:

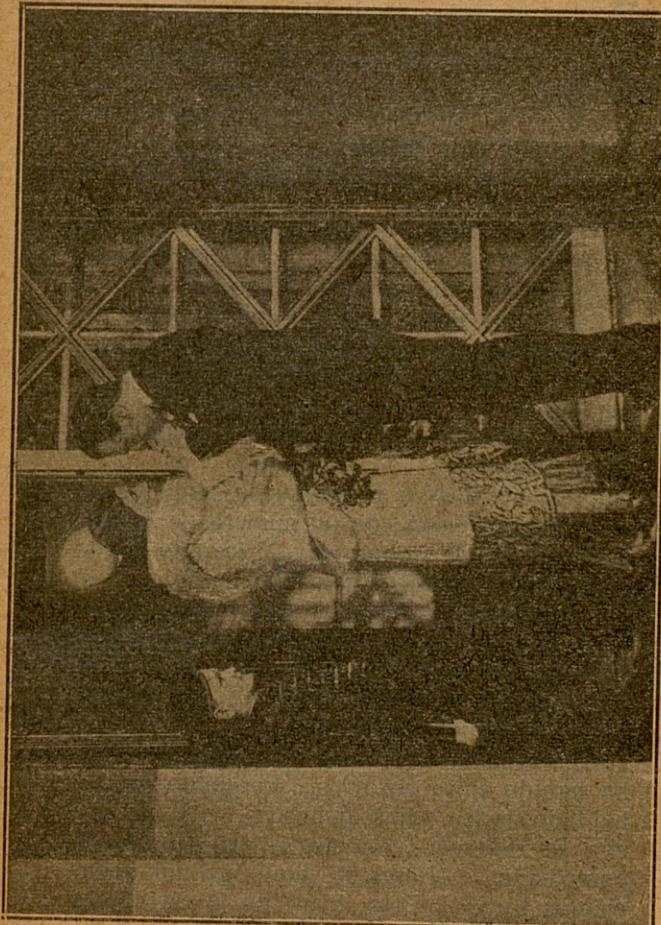
—Acabo de ver a una otoñal estupenda... ¡Precisamente, mi tipo!

Y como viese entrar a la dama, añadió:

—¡Ahí la tienes! ¡Te aseguro que la conquistaré!

La señora Forst se había sentado en una butaca, y Fernando se la quedó mirando atentamente, demasiado atentamente, como si aquellas facciones le recordasen algún episodio de su pasado.

—Me parece que conozco a esa hermosa dama—dijo a su amigo.



La encontró en el hall del hotel...

Y, levantándose, fué hacia la madre de Sybill:

—Perdón, señora, pero creo no equivocarme... Usted es... Susana...

—En efecto—respondió ella con sonrisa forzada.

—¡Oh, Susana! No pasan años por ti... Te encuentro más encantadora que nunca. ¡Jamás podré olvidar aquellos días dichosos!...

La actitud de la señora Forst, a pesar de su refinada educación y de su hábito del disimulo, indicaba azoramiento, nerviosidad. Se levantó:

—Con permiso... Voy a subir a sacar unas cosas del baúl.

En cuanto llegó a su habitación, pidió comunicación telefónica con un número de la ciudad: la casa de su hermana. Y cuando la comunicación estuvo establecida, habló:

—¿Eres tú, Susana?... Yo soy Lucía... Acaba de sucederme una cosa muy graciosa: nuevamente me han tomado por ti... Pero esta vez, ¿a que no sabes quién?... Tu primer amor... Fernando de Henthal... Sí... Voy a seguir la broma... Cuéntame francamente lo que ha habido entre vosotros... Fernando me ha hablado de los "días dichosos"... ¿A qué fecha se refiere?... ¿Cómo?... ¿el día de tu cumpleaños... el tres de junio de mil novecientos trece?... Bien, bien; no lo olvidaré... así no me aburriré mientras esté aquí...

Mientras ella telefoneaba, Fernando había vuelto a reunirse con Pablo Grill, a quien dijo:

—¡Qué suerte tengo! ¡En cuanto me enamoro de una mujer, resulta ser tu primer amor!

VI

Lucía Forst, aprovechando el parecido con su hermana, se entregó a las delicias del flirt, bien lejos de sospechar que Fernando de Henthal fuese nada menos que el pretendiente de su hija. Para ella, Sybill era toda una niña, a quien no se podía tomar en serio. A decir verdad, como tantas damas de la aristocracia, que viven su vida sin prestar demasiada atención a los hijos que se educan en colegios y pensionados, y a los cuales sólo ven en contadas ocasiones, Lucía Forst no conocía muy bien a su hija. Por eso, cuando la abrazó, la trató como la había tratado siempre: como a una niña. Pasados los primeros transportes de alegría, creyó que era llegada la ocasión de ponerse seria, y le enseñó el telegrama de la directora del pensionado.

Sybill se echó a reír a carcajadas.

—¡Oh, mamá, la Miesvitz es completamente tonta!... ¡Un incidente sin la menor importancia!

—Pero, bien, ¿qué ha sucedido?

—Nada; ¿no te digo que nada?... Patiné con "él", bailé con "él"... ¿Hay algo malo en eso?

—Pero, ¿quién es ese "él"?

—¡Oh, es un hombre simpaticísimo, guapísimo, correctísimo!... ¡Mucho cuidadito, mamá, con enamorarte de él cuando te lo presente!

Entró en la habitación la directora del pensionado, y Sybill, sin poder contenerse, se arrojó a su cuello. No con ánimo de estrangularla, no, sino en un arrebato de alegría y de felicidad.

—¡Cuánto le agradezco, señorita Miesvitz, que haya llamado usted a mamá!

—No me lo agradecerá usted cuando haya hablado con su señora madre! Tenga la bondad de retirarse ahora.

Obedeció Sybill, aunque no de muy buena gana, y quedaron a solas la madre y la maestra. Hubo una pausa, en la que se advinaba una muda hostilidad. Al fin, la señora Forst rompió el silencio:

—Bien, ¿qué es lo que ha sucedido?

—Ha sucedido, y sucede, que el comportamiento de su hija no es el de una señorita correcta!

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Que su hija se ha puesto en evidencia por un hombre!

—Bah, la cosa no tiene la importancia que usted quiere darle; Sybill me lo ha contado todo... ¿Va usted a tomar en serio un flirt inofensivo?

—¡Señora Forst... usted se obstina en no ver el precipicio!

—¡Oh, por Dios, creo que exagera usted!

—¡Ese caballero es un libertino, señora, y su deber de madre es alejar a su hija de él!

—Está bien. Procuraré ver a ese libertino... Según parece, es un hombre muy simpático.

VII

A la mañana siguiente, en la gran pista de la montaña, se vieron de nuevo Sybill, su madre y Fernando de Henthal. Y con la natural sorpresa por parte de éste, supo que la muchacha a la que consideraba como novia, era hija de la mujer a quien él creía haber amado en otro tiempo. Aquello le contrarió. Era, desde luego, un obstáculo. Seguramente, Lucía Forst—a quien él seguía creyendo Susana—no consentiría que su hija se casase con un hombre que llevaba a sus espaldas una historia galante como la suya.

No se equivocaba Fernando. La señora Forst, decidida a seguir los consejos de la di-

rectora del pensionado, dió orden a Sybill de prepararlo todo para la partida, pues estaba decidida no continuar en el hotel ni un día más.

Conoció Fernando por Sybill la decisión, y contando con su ascendiente sobre la dama, respondió a su novia:

—Tranquilízate... Ya convenceremos a tu madre. Voy a verla ahora mismo. Espérame tú en la salita de música.

Unos momentos después Fernando de Hen-
thal estaba sentado frente a Lucía Forst en la
habitación de ésta. Cambiaron unas palabras
frívola y amables, y de pronto, Fernando
adoptó un aire solemne.

—Susana, vengo a pedirte la mano de tu
hija Sybill...

—Sybill es demasiado niña para ti.

—¿Eso quiere decir que te niegas?

—Sí.

—En ese caso, me dirigiré al padre de Sy-
bill.

Se echó a reír la dama, y levantándose,
dijo, burlona:

—¿De veras?... Haz el favor de volverte.

Fernando se volvió... Tras él, el espejo del
tocador le devolvía su cara de correctas fac-
ciones.

—Mírate bien en el espejo... Recuerda, al
mismo tiempo, las facciones de mi hija... ¿No
te dice nada ese cristal?

—¡Susana!... qué quieras decir?

—Lo que tú estás pensando en estos mo-
mentos... ¡Que eres el padre de Sybill!

No le habría impresionado más a Fernando
un rayo que hubiese caído a sus pies.

Cuando volvió a reunirse con Sybill, en el
saloncito de música, donde ella le esperaba,
la muchacha le salió al encuentro, intrigada:

—¿Qué te ha dicho?... ¿Por qué vienes
tan triste?... ¿Acaso se ha negado?

—No, si no estoy triste; contrariado, sola-
mente... No he podido verla.

—Estaría haciéndose la “toilette”.

—Sí, eso me dijo la camarera.

—Entonces, no importa; luego le hablarás.
Fernando fingió que se resignaba. Pero en
el rato que estuvieron juntos, no se portó
como un galán enamorado, ni muchísimo me-
nos, antes al contrario, cada vez que Sybill,
impulsada por su amor y por su ingenuidad
se acercaba a él, nuestro hombre retrocedía
asustado, como si las manos de la muchacha
llevasen en sí el germen de la peste bóbónica.

VIII

Aquella noche Sybill bajó al baile acompañada de su madre y vistiendo un elegante traje de noche. Ya no pertenecía al pensionado de la señorita Miesvitz. ¡Ya era una mujer! Podía codearse con todas aquellas damas que fumaban cigarrillos egipcios y bebían "champagne", luciendo unos escotes que les llegaban a la cintura. Bailó con Fernando. No pudo él evadirse sin llamar la atención; pero al bailar, se diría que hacía un gran sacrificio. Sus dedos apenas rozaban la cintura de la muchacha y, de vez en cuando, la alejaba de sí, evitando a toda costa las aproximaciones. ¡Estaba bailando con su hija!

Notó Sybill el cambio, pero, confiada y feliz, lo atribuyó a la presencia de su madre en el "hall", por lo cual Fernando tenía, al parecer, más interés que nunca en no salirse de los límites de la más estricta corrección.

En un descanso, Lucía Forst consiguió atraer al señor de Henthal al pasillo, y una vez allí, le dijo:

—Comprende que esto no puede continuar,

Fernando. Sybill está enamorada de ti; sin embargo, no debe saber que eres su padre.

—¿Qué quieres, entonces, que haga?... No vamos a estar juntos más que unas horas. ¿No has dicho que os vais por la mañana?

—Sí; pero, ¿qué adelantaremos con eso?... Cuando estemos lejos, Sybill seguirá pensando en ti; tu recuerdo llenará todos sus momentos; será desgraciada... Y eso es lo que hay que evitar.

—Pero, ¿cómo?

—Si te viese interesado por otra mujer, ella misma renunciaría a su sueño de amor.

Cuando Fernando volvió al "hall", su resolución estaba tomada. Y pronto la llevó a la práctica. No tuvo que esforzarse mucho. La dama de la boquilla de un metro, que ya conocemos, aceptó desde el primer momento, con entusiasmo, el flirt con el caballero de historia donjuanesca. Y Sybill conoció el primer dolor.

Al principio no quiso dar crédito a sus ojos. Era cierto que la actitud de Fernando y de su dama no dejaba lugar a dudas, pero la muchacha, agarrándose al clavo ardiente de la última esperanza, se obstinó aún en pensar que en todo aquello no había nada pecaminoso; eran las costumbres del gran mundo, la educación exquisita, el culto, que se hacía de la amabilidad...

Pero, rápidamente, el flirt se iba haciendo

mucho más significativo. Fernando miró varias veces a Sybill y volvió la cabeza, como si no quisiese verla, inclinándose más hacia la dama y vertiendo en su oído frases que debían ser muy ingeniosas o muy cinicas, a juzgar por las carcajadas con que eran aco-gididas.

Entonces, ya no le quedó ninguna duda; Fernando la desdénaba, había jugado con ella, se había burlado de sus sentimientos!

Huyó del salón; desapareció.

Indiferente a esos dramas minúsculos, la fiesta seguía deslizándose cada vez más ani-mada, cada vez más bulliciosa, a medida que el "champagne" se vaciaba en las copas de cristal fino.

Lucía Forts se halla en su elemento; tan en su elemento, que había olvidado por completo a su hija. Por eso, despertó como de un sueño cuando la señorita Miesvitz, pálida, desencajada, se presentó en el salón y se acercó a ella, diciéndole al oído:

—¡Sybill se ha escapado!

—¿Qué?... ¿cómo?... ¿A dónde se ha es-capado?

—No lo sé; ha huído del hotel.

Lo primero que se le ocurrió a Lucía Forst fué inspeccionar la habitación de su hija, con la esperanza de encontrar allí algún indicio. No le engaño su instinto. Encima del toca-dor de Sybill había una carta, dirigida a su

madre, en la que la muchacha explicaba que, incapaz de sobrevivir a la muerte de su amor, iba a morir; sucumbiría de frío en el mismo sitio donde había conocido a Fernando.

Corrió la señora Forst en busca del causante inconsciente de aquella desventura, y al verle, se lo explicó todo. Le había mentido. Ni ella era Susana, ni él, por consiguiente, era el padre de Sybill. Fué una broma ino-ciente, de la que ahora se sentía profunda-mente pesarosa.

Fernando de Henthal no quiso saber más. Respiró satisfecho por primera vez aquella noche. Aunque sabía a Sybill en peligro, con-fiaba llegar a tiempo de salvarla. Nadie cono-cía la montaña tan bien como él; ningún ven-tisquero, ningún abismo le eran desconocidos. No había tiempo suficiente para que la muchacha se hubiese muerto de frío; era fuer-te, estaba habituada a la intemperie, había resistido tempestades de nieve sin que su sa-lud se perjudicase por ello.

Mientras los guías se preparaban, Fernan-do, poniéndose sus "skis", se adelantó a ellos. Y, como esperaba, encontró a Sybill en el mismo sitio que ella había dicho. La abra-zó, la besó, le prestó el calor de su cuerpo y de sus caricias. Y Sybill revivió. Al com-prender que el hombre a quien tanto amaba corespondía a su amor, sintió nacer en su voluntad, vigorosamente, el deseo de vivir. Y

E. 18-2-69/15

32

nada puede resistir a este deseo cuando se tiene diez y ocho años y una naturaleza robusta.

Fernando de Henthal, al final de sus aventuras amorosas, encontró, pues, el quieto rincón donde anida la felicidad.

FIN

PIDA el nuevo CATALOGO de
"BIBLIOTECA FILMS"
que contiene entre otros éxitos
EL DESFILE DEL AMOR y las nuevas
colecciones de tarjetas postales. LOS DIEZ
MAS SUGESTIVOS BESOS POR LOS
ARTISTAS MAS SIMPATICOS"

Lo remite gratis:

BIBLIOTECA FILMS - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

COLECCIONE VD. LAS NOVELAS DE GRAN ÉXITO DE ASUNTOS RUSOS

Ediciones Biblioteca Films a UNA peseta
LAS MENTIRAS DE NINA PETROWNA,
por Brigitte Helm.

RÁSPUTIN, Wladimir Gaidaroff.

LA ULTIMA ORDEN, Emil Jannings.

Selección de Biblioteca Films a 50 céntimos
RUSIA, Wladimir Gaidaroff.

EL DIAMANTE DEL ZAR, Ivan Petrovich.

LOS HUSARES DE LA REINA, Billie Dove.

LA MARCHA NUPCIAL, Eric Von Stroheim.

CZAREVICH, Ivan Petrovich.

ADORACION, Antonio Moreno.

NOCHE DE PRINCIPES, Gina Manes.

Selección de Films de Amor a 50 céntimos

LOS CADETES DEL ZAR, Conway Tearle.

RESURRECCION, Dolores del Río.

LA MUJER DE MOSCOU, Pola Negri.

LA CANCION DEL COSACO, Hans Adalbert Schetow.

CLARO DE LUNA, Lawrence Tibbett.

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis